

El día del tanque

Alberto Zamuner

El día del tanque

Cuento

Alberto Zamuner

Capítulo 1

Pasó el camión del tambo, a la misma hora de todos los días.

Era casi la única interrupción de la mañana.

Mis parientes decían que en las ciudades no quedaban calles como las de nuestro pueblo: de tierra lisa y limpia, vacías de vehículos y de personas peligrosas.

Continuamos el partido.

Veníamos perdiendo tres a dos, y el partido acabaría cuando la madre de alguno lo llamara a comer.

Andrés me metió la pierna para derribarme, desesperado por mantener la ventaja.

Discutimos y nos gritamos como siempre, pero se aceptó que correspondía tiro libre.

Puse la pelota y levanté la cabeza. Cerca de la pared que con un árbol marcaba los límites del arco rival, Jorge esperaba bien ubicado.

Casi empezaba a dar el primer paso, cuando oí el grito de Rubén a mi espalda.

- ¡Eh! ¡Un tanque!..

Parecía un truco para distraerme al patear; pero no pude evitar desviar la mirada.

No había terminado de hacerlo cuando sentí temblar el suelo.

Allí, en la esquina de mi casa y no en una pantalla, se acercaba un tanque de guerra.

Nos habremos paralizado un par de segundos. Luego salimos disparados hacia las veredas, porque se nos venía encima.

Escuchamos disparos.

¿Qué podía estar pasando?..

El tanque pasó ante nosotros con estridente ruido metálico, y haciendo temblar todo.

Nos rodeó una nube de polvo.

Cuando empezó a disiparse vimos que el tanque se detenía en la esquina y giraba su cañón hacia atrás. En la otra esquina, dos patrulleros llegaban y se detenían bruscamente. Salieron varios vigilantes, que se guarecieron detrás de los coches y de árboles cercanos.

Carlitos salió disparado hacia su casa. Parecía escapar asustado, pero le adiviné la idea.

Me lancé tras él, y los tres o cuatro que estaban en la misma vereda nos siguieron.

Nos metimos en el pasillo de la casa de Carlitos y subimos por el andamio con que su padre estaba construyendo un garaje al frente. Al mejor estilo militar nos tiramos cuerpo a tierra y nos arrastramos por el techo hasta el borde que daba a la calle.

En la esquina de nuestra izquierda seguía el tanque.

En la otra, los dos patrulleros con todas las puertas abiertas. Los policías habían sacado pistolas. Uno de ellos apuntaba hacia el tanque con un fusil.

Se me ocurrió que era ridículo enfrentarlo con esas armas; pero intentaban algo sin saber qué. Todo parecía haberlos tomado desprevenidos.

Nos miramos como preguntándonos qué era aquello. Además de sorpresa y susto, vi en los ojos de Carlitos un entusiasmo parecido al de haber acertado con una buena película.

El tanque movía lentamente su torreta, como para dar idea de que haría algo contra quienes lo acechaban.

Un vigilante se lanzó a la carrera y se guareció tras otro árbol, unos veinte metros más cerca de nosotros, en un intento de avanzar en su posición.

En ese momento vimos una repetición de fogonazos junto a la torreta del tanque.

Silbaron proyectiles sobre nosotros, y escuchamos impactos sobre la pared de la casa de al lado, que era de dos pisos.

Sentí un golpe en mi espalda y otro en una pierna. Apenas me di cuenta estaba temblando sin control; pero en seguida vi que eran fragmentos de ladrillos.

Nos miramos. Todos seguíamos allí, con partes de ladrillo y polvo a nuestro alrededor.

Escuchamos disparos de fusil, y llegamos a ver chispazos sobre el blindaje del tanque.

No se parecían a los disparos de las películas. Sonaban más breves y secos. Menos espectaculares pero más impresionantes.

De pronto, unos gritos de mujer.

En la vereda de enfrente, con miedo de asomarse pero no aguantando dejar de hacerlo, la madre de Rubén se desesperaba por encontrar a su hijo.

Agitamos los brazos para que nos viera.

Pareció aliviarse, pero en seguida nos hizo señas de que nos metiéramos hacia el fondo.

Ni locos pensábamos hacerle caso.

Se veían un par de vecinos en los jardines de enfrente o tras las ventanas, todos tratando de ver y de entender.

De uno de esos jardines surgió de repente la figura de Matías, que antes de que llegáramos a entender qué intentaba se arrojó sobre la pelota, abandonada donde íbamos a ejecutar el tiro libre, y corrió al jardín con ella entre los brazos.

La madre de Rubén, a pocos pasos de él, se agarró la cabeza.

Aquí nos dimos cuenta de un detalle: poco antes de donde había quedado la pelota, la huella del tanque mostraba una ligera desviación hacia la izquierda. No podía tener otro motivo que la preocupación por no pisarla. Sonó otra ráfaga de la ametralladora.

Vimos sacudirse algunas ramas de árboles cerca de la otra esquina.

No parecía que quisiera acertarle a sus perseguidores. Más bien les advertía que no se acercaran.

Más atrás llegaban otros patrulleros haciendo sonar sus sirenas.

El tanque giró su torreta hacia el otro lado y volvió a emprender la marcha.

Cuando pasó la mitad de la otra cuadra dejamos de verlo.

Casi inmediatamente, los policías entraron a los patrulleros, y tanto éstos como los recién llegados pasaron ruidosamente frente a nosotros rumbo al tanque.

Me hicieron pensar en los perros que persiguen a los coches.

No había terminado de asentarse el polvo, cuando la calle empezó a llenarse de personas.

Algunas salían de sus casas y corrían a mirar cómo seguía aquello. La madre de Rubén se disparó hacia nosotros y entró por el pasillo. En seguida ella y la madre de Carlitos se asomaban por el andamio para decirnos que bajáramos.

Después apareció mi mamá, inquieta por lo que había visto sin saber dónde estaba yo.

A la fuerza nos llevaron a nuestras casas, porque era la hora de comer y porque les aterraba dejarnos afuera.

- Hoy no hay clase. Se suspendió todo por seguridad...

Me hizo recordar que existía la escuela, y que de ningún modo hubiera tenido ganas de ir.

Había servido la comida tan normalmente como siempre; aunque no tenía por qué ser anormal hasta hacía unos minutos.

Mi papá estaba atento frente al televisor.

Fui a mirar y me encontré con lo nunca imaginado: las imágenes del noticiero eran las calles de nuestro pueblo.

Mostraron alguna foto del tanque, aunque se habían perdido lo que vimos nosotros, y luego imágenes de un cuartel.

Allí empezamos a enterarnos: por razones de presupuesto el ejército eliminaría algunas bases, entre las que figuraba una que teníamos cerca; según mi papá a unos treinta kilómetros.

Ante la noticia de que desmontarían vehículos blindados y retirarían al personal con más años de servicio, un suboficial había iniciado una furiosa discusión en el comedor de esa base. Luego se había dirigido en malos términos al jefe de la misma y finalmente, ante el intento de arrestarlo, había corrido a apoderarse de un tanque, con el que había derribado una pared y se había ido.

De modo que ésa era la explicación.

Mostraron una foto del suboficial, un tipo de unos cincuenta años.

Ni bien se informó su presencia en nuestro pueblo los medios de difusión corrieron para venir a registrar lo que pasaba.

Sin desatender las noticias comenzamos a comer.

- ¿Por qué no miran mejor qué gente ingresa al ejército? - comentó mi mamá. - De repente algún loco puede hacer un desastre.

- Y... cuando a alguien lo desechan como a un trasto viejo le puede pasar cualquier cosa - observó mi papá.

- Nosotros vimos cómo lo perseguía la policía - no desprecié la ocasión de intervenir -. No parece que tuviera mala intención, porque disparaba al aire.

- ¿Y ahora qué irá a pasar?

- Van a tratar de matarlo apenas puedan - vaticinó mi papá.

Me pareció exagerado, pero muy posible.

De repente vimos en directo la plaza central del pueblo, y un periodista explicando a la cámara las últimas novedades: el tanque era perseguido por la policía local y había habido disparos. Aun con miedo, unas cuantas personas habían ido a la plaza. También informaron que acudían unidades blindadas y tropas del destacamento donde se había originado el incidente.

Por medio de ayudantes y vecinos trataban de saber dónde estaba ahora el tanque.

No era difícil en un pueblo chico. En seguida vimos que con otra cámara mostraban el tanque cerca de una esquina. Seguía acechado por patrulleros, y volvió a lanzar una ráfaga.

Los mismos tiros del noticiero se escucharon a través de nuestras ventanas.

Esto arrancó mi atención del televisor. ¡Era la realidad que tenía ahí afuera!..

Pasé de estar atento a sentirme como ahogado, como no aguantando ni aceptando quedarme ahí.

Sabía que mi mamá pondría el grito en el cielo y que iba a querer encerrarme.

No lo pensé ni esperé. Mientras seguían pendientes de las noticias, me lancé por la puerta que había quedado sin cerrar.

Escuché que me gritaban, pero ya estaba lejos.

Corrí hacia la plaza central.

Se escucharon más tiros.

Entre otras personas que corrían a mirar me encontré con Carlitos, que habría hecho más o menos lo mismo que yo.

Aminoramos la marcha.

- Es un suboficial que no quería que lo echen.

- Sí, me contaron.

- Dice mi papá que apenas puedan lo van a matar.

- No van a ser tan hijos de puta...

No sé por qué sentíamos eso. Nos parecía demasiado para alguien que de pronto se había sentido mal, o presentíamos que si lo mataban se acabaría todo.

Llegamos a la plaza, un extenso rectángulo con un sencillo mástil en el centro.

La rodeaban anchas calles de tierra que todos los días eran humedecidas por máquinas de riego. Alrededor estaban la comisaría, la iglesia y el Banco de la Nación, que desentonaba del ambiente rural con su aspecto de palacio gris. En la calle más importante se destacaba el edificio de la Municipalidad, el único de dos pisos.

En esa escena que otro día habría mostrado la calma de la siesta hoy había otro ambiente.

Los cambios no ocupaban mucha parte de aquella amplitud casi horizontal, pero en seguida resaltaban. Delante de la Municipalidad había dos camiones de canales de televisión, y se veían periodistas ante las cámaras. Los rodeaban muchas personas que querían enterarse de lo que

pasaba, o que por algún motivo como el nuestro parecían sentirse obligadas a estar allí.

Nos encontramos con Angel y un chico que iba a la escuela en el turno mañana.

En seguida apareció Matías, mencionando el episodio de la pelota como una responsabilidad que no podría haber evadido.

No terminábamos de contarnos lo visto cuando escuchamos disparos mucho más cerca.

Después, desesperados aullidos de sirena. Tres patrulleros se apuraron a bloquear una calle que desembocaba en la plaza.

Corrimos hacia allí, y nos quedamos junto a la entrada de una casa.

Por esa calle se acercaba el tanque. En la esquina posterior, más patrulleros venían persiguiéndolo.

Otra gente, siempre arrimándose a paredes o árboles, se instaló cerca para mirar.

Un camarógrafo se quedó en medio de la calle.

El tanque se desplazaba lentamente, como no yendo a un lugar determinado.

En las bocacalles de delante y detrás, los patrulleros le habían cerrado el camino.

Siguió avanzando. Se escucharon murmullos y hasta se palpaba en el aire la inquietud de la gente.

Cuando estaba a unos veinte metros de la esquina que teníamos más cerca, los policías salieron de los patrulleros, que usaron como resguardo para agazaparse y disparar sus pistolas. Cada estampido tenía como eco un golpe metálico sobre el blindaje.

En seguida hubo una humareda blanca envolviendo todo. Y olor a pólvora, parecido al de la pirotecnia, pero que por algún matiz daba la sensación de más inquietante.

Segundos después, los policías no tuvieron más remedio que saltar hacia los costados.

El tanque siguió sencillamente en línea recta. Su oruga derecha comenzó a subirse al capot de un patrullero, que fue hundiéndose con un feo ruido de metal quebrado.

Luego de ladearse y volver a asentarse, el tanque continuó hacia la plaza. Fuimos a ubicarnos en un jardín que daba frente a la plaza, agazapados tras los pilares de cemento que sostenían un enrejado.

Se percibió en la gente cierta alarma, como ante una invasión no contenida. Yo seguí sintiendo que no se trataba de alguien peligroso.

Pasó frente al jardín en que estábamos, giró en la esquina que teníamos a la derecha y fue circundando la plaza. La gente que se había mantenido allí pareció esfumarse en segundos. Los de la televisión se refugiaron tras los camiones. Al paisaje de la calle se le fue agregando una doble huella sobre la tierra.

Alguien se empeñaba en seguir disparando con pistolas.

De pronto, unos dos metros detrás del tanque se encendió un fogonazo y la tierra saltó por los aires. El ruido pareció venir de todas partes al mismo tiempo. Se sacudió todo bajo nuestros pies.

En la esquina de la derecha aparecieron dos tanques iguales al primero. Detrás de cada uno iban soldados agazapados.

Desde nuestra izquierda llegó otro tanque por la calle en que estábamos. ¿Qué iría a pasar ahora?

El tanque que había iniciado todo aceleró su marcha por la calle de la Municipalidad. Los demás le dispararon ráfagas que levantaron largas filas de salpicaduras de polvo. Algunas balas tintinearón en su lado posterior. Giró por la calle opuesta a donde estábamos. Allí, a pocos metros de la esquina, quedaba un amplio terreno vacío donde antes había un cine. Ingresó al terreno y avanzó hacia el fondo.

Los demás no se le acercaron. Parecía un intento de ver qué pasaba. Llegó al fondo del terreno y allí, rodeado por tres paredes, dio un giro e hizo frente a los que lo acechaban.

Lo rodearon infinidad de salpicaduras de proyectiles, en un tableteo que duró un par de minutos.

Otra explosión a su lado. El tanque cambió de color bajo la tierra que le cayó encima.

Su cañón grande, hasta entonces inactivo, comenzó a girar lentamente. Un fogonazo en su boca y una explosión frente a uno de los tanques que lo acosaban. También quedó cubierto de tierra. Algunos soldados que iban tras él cayeron y se incorporaron trabajosamente.

Luego arrasó con la ametralladora el terreno que lo separaba de sus perseguidores.

De repente, una explosión junto al tanque que teníamos más cerca. El estruendo nos sacudió cada rincón del cuerpo y nos dolió en los oídos más que nunca. El pilar de cemento que me protegía me sacudió las manos. El aire se solidificó y nos empujó hacia atrás. Escuchamos caer vidrios.

Volvimos a asomarnos mientras se disipaba el polvo.

Nuevas ráfagas cada vez que se movían para acercársele.

Luego alzó su cañón, buscando un blanco distinto.

Estalló una bola rojiza en el banco. Saltaron bloques de su frente gris. Una viga quedó sostenida por un solo extremo y el otro fue precipitándose a la vereda. Todo se llenó de polvo.

Aunque la gente estaba escondida pude escuchar su murmullo.

Sabíamos que ya habían desalojado los edificios.

Volvió a imponerse la luz del sol, porque al fin y al cabo era la hora de la siesta.

Se las habría tomado con el banco por las razones económicas que decían las noticias.

Más ráfagas de ametralladoras en una y otra dirección.

Después sobrevino lo menos esperado y más sorprendente: silencio.

La gente empezó a asomarse de donde estaba.

Algunos se adelantaron hasta los árboles de la plaza.

Y siguió el silencio...

En uno de los tanques de nuestra derecha se abrió una escotilla y se asomó un militar de mediana edad, que luego se incorporó un poco más y se puso a mirar con unos prismáticos hacia el terreno del cine.

Pasaron quince o veinte minutos en que nada se movió.

De tanto ver películas donde todo pasa vertiginosamente, uno cree que las guerras serán así del principio al fin. Pero esta quietud tensa, saturada de incertidumbre, era más inquietante que los disparos, y seguramente llenaría inaguantables tramos de una guerra. Los hombres preparados tendrían que saber también qué hacer ante ella.

Para nosotros era demasiado.

Otra gente iba saliendo de los escondites.

- Parece que se le acabaron las municiones - dijo un tipo que se había ubicado junto a un árbol.

Nos asomamos cada vez más inquietos.

El tanque donde iba el militar que parecía al mando comenzó a avanzar lentamente.

Se detuvo al borde de la vereda, a unos treinta metros del otro tanque.

Unos cuantos soldados quedaron refugiados tras él.

Otros minutos de inmovilidad.

El militar fue saliendo y desde la torreta saltó sobre una oruga de su tanque. De allí volvió a saltar al suelo.

Con una pistola en la mano, se quedó al borde del terreno vacío.

Alguna gente aplaudió por su audacia. Algunos soldados con fusiles se ubicaron a su lado.

- Ahora lo van a matar - afirmó Carlitos a mi lado.

El suboficial podía tener algún arma de mano e intentar un último recurso.

Pensé que aquello no tenía que pasar.

Volví a repasar un detalle que conocía: junto al terreno vacío había un edificio casi en ruinas, donde algunas veces nos habíamos metido a jugar. Cerca del fondo, un hueco donde había habido una puerta daba a donde estaba ahora el tanque.

- Vamos a entrar por el edificio del al lado - dije como en una acción de combate, y me incorporé.

No había llegado a suponerlo, pero mis amigos se levantaron inmediatamente.

Y nos lanzamos a la carrera a través de la plaza.

Los militares y policías, con bastantes curiosos y complicaciones cerca, nos habrán visto pero no se les ocurrió hacer nada.

Pasar al lado del mástil nos hizo sentir en las batallas de nuestras clases de historia.

Pensé que mi mamá podría estar viendo aquello. Se enteraría de que seguía vivo, pero se asustaría más que antes.

Entre alguna gente que nos miraba nos metimos en el edificio abandonado.

Recorrimos el interior hasta el hueco que daba al otro terreno.

Nos quedamos dentro, como para que nadie nos viera.

A cuatro o cinco metros estaba el tanque.

Nos miramos y no terminamos de entender qué hacíamos.

Ahora nos tocaba a nosotros el drama de los minutos interminables, sin hacer nada ni saber qué pasaría.

Hasta que un ruido metálico nos sacudió a todos.

Se abrió la escotilla.

Y se asomó su tripulante.

No tenía casco, vestía una simple camiseta verde y llevaba una pistola en el cinturón. No mostraba intención de echarle mano.

Me pareció el momento ideal para quien intentara acribillarlo por las dudas.

Y se me ocurrió el único modo de evitarlo.

Corrí hacia el tanque y los chicos me siguieron.

Me trepé al borde junto con Matías, y tomamos al suboficial de un brazo.

- Venga...

Primero nos miró confundido; luego saltó al suelo con nosotros.

Llegué a ver allá adelante al jefe y a soldados, y más atrás a un camarógrafo.

Entramos en seguida al edificio de al lado.

Nos detuvimos para tomarnos un respiro.

El suboficial se apoyó sobre el borde de una pared a medio demoler.

A la luz del resplandor que entraba por el hueco de la puerta, le notamos un aspecto mucho más sombrío que el de la foto. Sus ojos carecían completamente de brillo. Nunca había visto algo así en ninguna persona.

Luego de observar quiénes eran sus sorprendidos acompañantes, se quedó casi inmóvil y con la mirada perdida.

¿Por qué hizo todo esto? - Angel no aguantó el silencio.

Me hizo acordar a cuando mis padres me preguntaban por qué había hecho algo y me daba cuenta de que no tenía idea. Sentí que en ciertas situaciones las preguntas son casi una crueldad.

Continuó el silencio tenso y apesadumbrado.

¿A dónde iba?.. - el chico del turno mañana sintió que a pesar de todo había que decir algo.

- Qué se yo a dónde iba... qué se yo a dónde iba...

Quedó más cabizbajo y sombrío que antes.

La misma tristeza pareció extenderse a todos. Nadie se atrevió ahora contra ese silencio.

De repente escuchamos pasos y movimientos donde había quedado el tanque. Parecían estar al acecho pero no decidirse a entrar.

- Van a pensar que nos tiene de rehenes - se le ocurrió a Matías.

Nos miramos y dudamos unos segundos.

- Mejor salgamos juntos por el frente, para que nos vea todo el mundo y no haya problemas - propuso Carlitos.

- Nos acercamos al suboficial, que dejó de apoyarse en la pared.

- Mejor que salga sin la pistola - le dije.

- Se quedó inmóvil un momento. Luego se desabrochó el correa.

Pareció dudar antes de dejarlo en el suelo, pero lo hizo.

- No la toquen.

Caminamos hacia el frente del edificio.

- Cuando iba a la escuela como ustedes me empezaron a hablar de los héroes...

Seguimos por salones oscuros y polvorientos.

- El sacrificio por la patria no es morir... Es pasarse la vida sin ir a un combate.

Sentimos que decirle algo sería una falta de respeto.

Ingresamos a un salón más grande. Nos dio en la cara la luz de la puerta de calle.

Agrupándonos a su lado, salimos todos lentamente.

Bruscamente se abalanzaron hacia nosotros todos los que estaba cerca.

Se detuvieron a pocos pasos, todavía inseguros de lo que pasaba.

Se acercaron soldados, apuntando los fusiles al piso pero expectantes.

Dos agentes de policía se adelantaron de entre la gente que nos miraba.

Seguros de que ya no habría reacciones peligrosas, nos apartamos lentamente.

Tomaron al suboficial de los brazos y se los llevaron a la espalda para esposarlo.

Me cayó mal que uno de ellos se le fuera encima con demasiado desprecio, con demasiada seguridad de que ellos eran los buenos.

Se acercaron más policías, y el jefe militar, que volvía a la carrera desde el terreno de al lado.

En pocos segundos vino un camión de la policía.

Lo hicieron subir, rodeados de curiosos y algunos camarógrafos.

Angel se acordó de que había quedado algo sin decir:

- Gracias por no pisarnos la pelota...

Antes de pasar la puerta, el suboficial volvió la cabeza para mirarnos.

Cerraron, y el camión se puso en marcha.

La gente se quedó ahí, como no sabiendo qué hacer a partir de ese momento.

En seguida tuvimos sobre nosotros un par de señores con micrófonos, y otro con una cámara.

- ¿Qué pasó? ¿Los tomó de rehenes?

- No, no... Fuimos porque quisimos.

- ¿Por qué?

- Nos parecía que querían matarlo. Fue lo primero que se nos ocurrió...

- ¿Pero no les pareció peligroso?

- No sé... fuimos y lo hicimos.

Alguna gente aplaudió, por el fin de lo ocurrido o por lo que habíamos hecho.

Otros siguieron al camión, que cruzó la plaza e ingresó marcha atrás en la comisaría.

Poco a poco, todos fuimos agrupándonos allí.

Junto a la entrada, un periodista hablaba de "feliz desenlace" ante una cámara.

Me pregunté qué le veía de feliz.

Y nos quedamos esperando no sabíamos qué.

Se fue acercando más gente, incluso la que antes no se había atrevido a estar en la calle, y otros amigos nuestros.

Matías, que había disfrutado su papel de héroe por el rescate de la pelota, tuvo mucho más que mencionar.

Aunque el jefe militar se quedó en la comisaría, los soldados fueron

agrupándose en una de las calles. Alguien se hizo cargo del tanque que

había iniciado aquello, vinieron camiones para la infantería y poco después, con los tanques a la cabeza, se pusieron lentamente en marcha. Hubo nuevos aplausos, y gente que caminó junto a ellos hasta que salieron a la ruta.

Sentí algo así como casi terror al ver que todo iba quedando vacío. Otro rato largo frente a la comisaría.

En dos ocasiones salieron policías a cumplir alguna función y todo el mundo los rodeó para preguntarles. Reiteraron que no podían informar nada.

Los periodistas, que habían llenado el tiempo con conjeturas sobre las consecuencias para el suboficial rebelde, llegaron al punto de sentir que la noticia se había acabado, para ellos y para los espectadores que ya estarían cambiando de canal.

Fueron recogiendo sus equipos, y al rato se alejaban los vehículos de los canales.

Se quedó un muchacho de traje con un modesto grabador.

Vi acercarse a mis padres. Me asustó el recuerdo de mi fuga, pero me apoyaron una mano en la espalda sin decir nada; porque me encontraban ileso y porque me habían visto haciendo eso que no terminaban de entender.

En el fondo les habría parecido cruel impedirme salir. Tampoco pensaron en hacerme advertencias: no se les ocurría que algo así fuera a pasar otra vez.

Mientras ellos se quedaban conversando con otra gente, los chicos recorrimos la plaza, guardándonos proyectiles y vainas que aparecían a cada paso, y quedándonos a mirar los huecos de las explosiones.

Hubo quienes tomaban fotos de todo lo inusual que de pronto rodeaba la plaza.

En el edificio del banco, los bomberos quitaban escombros e impedían que alguien se acercara.

Escuché a unas señoras conversando sobre a quién le correspondía pagar los daños.

Me dolió que alguien pensara en "pagar los daños".

Algo que no sabía cómo llamar me pareció feo en esas lamentaciones.

Y entendí de verdad por qué existían tanques y ejércitos: había personas tan distintas que nunca sería suficiente otra alternativa.

Como para mostrarnos que el tiempo seguía existiendo, fue cayendo la tarde.

En medio de cañonazos y sacudidas no habíamos tenido idea de cuánto había durado aquello. Ahora, la inmovilidad ante la comisaría convertía en interminables los minutos.

Pensé que para el suboficial todo se habría vuelto más vacío e interminable.

La gente se iba alejando.

Cuando el cielo estaba casi oscuro, mis padres dijeron que nos íbamos a cenar.

Quería quedarme, pero me di cuenta de que ya le encontraba poco sentido.

Durante la cena, mi papá preguntó por qué se nos había ocurrido meternos en el medio del problema y preocuparnos por aquel desconocido.

Era una de esas preguntas que molestan porque nadie sabe cómo responder.

Dije que me acordaba de que él había dicho que querrían matarlo, y sabíamos que a algunos les parecería lo mejor para evitar riesgos. Y no podíamos permitirlo. Algo que no nos explicábamos era igual en él que en nosotros.

Llegó la hora de irse a dormir.

No estaba cansado, estaba tenso.

Pasé no sé cuánto tiempo mirando hacia arriba en la oscuridad.

Cuando empezaba a cerrar los ojos sentí los balazos en la pared y los fragmentos de ladrillos salpicándonos. Descubrí que me estaba cubriendo la cara con los brazos.

Volvió a vencerme el cansancio, pero no dejaron de sobresaltarme estruendos y sacudidas. Y voces: "eh... un tanque"... "ahora lo van a matar"... "pasarse la vida sin ir a un combate"...

Me vi otra vez tomando el brazo del suboficial, y también llegando tarde mientras lo veíamos caer.

Sentí la satisfacción de lanzar cañonazos y el vacío de esperar vivir más adelante.

Me desperté y fui al baño varias veces, luego volvía a la cama y me quedaba pensando.

En un momento en que no sabía si soñaba o no, supe que mi desesperación era por lo que vendría: días como todos los otros...

Cuando vi que iba amaneciendo me fui de la cama.

Después se levantaron mis padres y desayunamos.

Pusimos la televisión.

El canal de la zona hablaba de "retorno a la normalidad", y mostraba escenas de lo que había pasado.

Me vi atravesando la plaza con mis amigos. También estuvo el momento en que nos hacían preguntas.

Daba para sentirse importante y disfrutarlo; pero algo andaba mal: había quedado definitivamente atrás.

- ¿Ustedes vieron alguna vez algo así?

- No... Este fue siempre un pueblo muy tranquilo.

Siempre me tomaba con respeto lo que decían mis padres. Pero no encontré por qué sentir que aquello era bueno.

Y me repugnaba lo de "la normalidad".

Terminé el desayuno disgustado.

- Voy a la comisaría a ver qué pasa.

Me dejaron salir sin comentarios.

Llegué casi corriendo, y me encontré con muy poca gente.

- Se lo llevaron durante la noche - dijo un señor que se iba.

¿Y ahí se acababa todo?..

Ya no quedaba un lugar al que ir.

Mientras pensaba qué hacer llegó Angel, también esperando ver cómo seguía aquello.

Caminamos casi desorientados por la plaza.

Unos operarios tapaban los cráteres de las explosiones. Las máquinas de siempre remojaban las calles.

El olor a tierra mojada era agradable, pero demasiado cotidiano.

En el banco habían improvisado un cartel que decía a los clientes por dónde entrar.

Pasamos junto a unos viejos que charlaban en un asiento.

Me imaginé recordando todo aquello ante mis nietos.

Y un segundo después me di cuenta de que estaba espantado... ¿Y si no pasaba algo así nunca más?..

Nos fuimos lentamente a nuestra calle.

Ahí estaban las huellas del tanque, que algunas pisadas empezaban a desdibujar, y los pedacitos de ramas de árboles.

La casa del vecino de Carlitos mostraba su pared salpicada de impactos. Algún día otros chicos preguntarían por qué.

Nuestros amigos estaban sentados en su habitual punto de reunión: el tronco tirado ante la huerta de don Jacinto.

Jorge tenía la pelota junto a sus pies; pero no había indicios de que se preparara un partido.

- Hola...

- Hola... Fuimos a la comisaría y ya no está.

- Yo junté como treinta vainas de proyectiles - nos contó Rubén.

- Yo también... Van a ser objetos históricos.

- Mi mamá dice que nunca en su vida había visto algo así, y que éste es un pueblo muy tranquilo.

- Eso a los grandes les parece bien...

- Tendrían que pasar más cosas.

- A mí me gustan las clases de historia cuando estudiamos batallas.

Después es como que la vida de ahora no tiene gracia.

- Es lo mismo que cuando se sale del cine.

- Sí... hay algo que no es como tendría que ser.

- Los militares se preparan continuamente para ser héroes, y un día se jubilan sin saber para qué vivieron.

- Y... es como hacer guardia. La cuestión es estar, aunque nunca pase nada.

- Sí, pero no debe ser nada alegre...

- Dicen que cuando empieza una guerra hay gente que se asusta y otra que se entusiasma.

- A mí me gustaría agarrar un tanque y empezar a tirar todo abajo.

- ¿Por qué?

- No sé... hay un montón de cosas que no me gustan.

- Bueno... si uno se pone puede hacer cambiar las cosas.

- Sí, pero es todo muy despacio...

- Es más lindo cuando las cosas pasan de golpe, y no hay tiempo ni de pensar.

- Pegar... correr... hay momentos en que uno no llega a pensar y ahí vive. Cuando uno tiene tiempo se pone a esperar, a decirse qué quisiera... y ahí empieza a sentir que la vida va a venir después.

- Sí... viene a ser algo así.

- Yo no quiero un montón de años de normalidad, donde contemos que una vez apareció un tanque.

- ¿No podría ser distinto?

- Qué sé yo...

Esa tarde había que volver a la escuela. Cada uno contaría entusiasmado lo que había visto de cerca, y hasta nos felicitarían a los que nos metimos directamente. Pero me imaginaba las semanas y los meses que seguirían. El día del tanque ya era ayer. Después quedaría cada vez más lejos.

De pronto Carlitos encontró cómo decir lo que sentíamos:

- ¿Cómo sería la vida si no pasaran cosas así?..

A nadie se le ocurrió una respuesta.

Y nos quedamos mirando nuestra calle.

Pasó el camión del tambo, a la misma hora de todos los días.